

¿Están generizadas las trayectorias de clase social? La articulación de desigualdades en Buenos Aires

Are social class trajectories gendered? Overlapping inequalities in Buenos Aires

Gonzalo Seid

Universidad de Buenos Aires

Resumen

El presente trabajo apunta a argumentar la relevancia de la dimensión género en el análisis sociológico de desigualdades de clase social. Luego de un breve *racconto* de conceptualizaciones sobre la relación entre clase y género en teorías feministas, se analizan algunos ejemplos empíricos con el fin de evidenciar la pertinencia de una perspectiva de género en un campo temático que históricamente se resistió a hacerlo. Los casos seleccionados provienen de una investigación sobre trayectorias de clase mediante relatos de vida de personas entre 40 y 50 años, de Buenos Aires, Argentina. Las actividades domésticas y de cuidado, así como los arreglos familiares, fueron decisivos en las trayectorias de las mujeres, mientras que el mandato del rol de proveedores sigue presente para muchos varones.

Abstract

In this article we argue the relevance of gender in the sociological analysis of social class inequalities. The article makes a *racconto* of some conceptualizations on the relationship between class and gender in feminist theories. Then, we carry out an analysis of some empirical examples in order to demonstrate the relevance of incorporating a gender perspective in a thematic field that historically resisted doing so. The selected cases come from a research on class trajectories through life stories of people between 40 and 50 years old in Buenos Aires. Domestic and care activities, as well as family arrangements, were decisive across women trajectories while the provider role remains present among men.

Palabras clave

Clase social, género, biografías, movilidad social, trayectorias.

Keywords

Social class, gender, biographies, social mobility, trajectories.

Introducción

En el presente escrito se pretende argumentar acerca de la pertinencia de incorporar una mirada de género en los estudios sobre desigualdades de clase. El análisis de clase y movilidad social ha sido un campo temático central en la historia de la sociología, en el que ha habido una corriente principal cuantitativa que tendió a omitir el género en sus problemáticas teóricas y en sus decisiones metodológicas. Como alternativa a esta corriente, se ha propuesto un análisis de trayectorias de clase mediante una aproximación cualitativa de relatos de vida. Esta otra perspectiva abre la posibilidad de incorporar en el análisis la articulación entre clase y género, mediante una mirada conjunta entre la esfera pública de la producción y el mercado —donde tradicionalmente se han situado los procesos de clase social— y la esfera privada de las familias y la vida doméstica.

El abordaje tradicional de la estratificación y movilidad social tendió a excluir del análisis a las mujeres y a dejar que permanezcan ocultos los aspectos de los procesos de movilidad social que tienen lugar al interior de las familias. Por ejemplo, uno de los referentes más importantes en la temática, John Goldthorpe (1983), ha sostenido que en los estudios cuantitativos de estratificación social puede establecerse la posición de los hogares en la estructura social independientemente de la ocupación de las mujeres —excepto cuando no haya un jefe de hogar varón—. La reducción de las unidades de análisis a las personas ocupadas remuneradas también tiene un sesgo de género. Asimismo, en muchos estudios de movilidad social, la movilidad de las mujeres ha sido estudiada sólo a través de las pautas de la denominada movilidad matrimonial.

En contraste, el enfoque de las trayectorias de clase constituye una aproximación alternativa en la temática de movilidad social que pretende ampliar la mirada respecto a los desplazamientos individuales

y familiares de los agentes en la estructura social, lo que confluye con la idea de trayectorias de enclasmiento y desclasmiento en la teoría de Pierre Bourdieu. Las trayectorias de clase pueden entenderse como la dimensión diacrónica de las posiciones en el espacio social, como los itinerarios entre posiciones o la evolución en el tiempo del volumen y estructura patrimonial de distintas especies de capital de los agentes. Estas trayectorias de clase están atravesadas por múltiples principios de diferenciación que operan en el espacio social, entre los cuales el género y la etnia son primordiales.

La relevancia del sistema de sexo-género (Rubin, 1986) en su imbricación con la estructura de clases ha sido abordada desde perspectivas feministas enfocadas en la “crítica de la naturaleza fundamentalmente «generizada» de la sociedad moderna, que se refleja no sólo en la separación entre las esferas de actividad «pública» (masculina) y «privada» (femenina), sino también dentro de la esfera pública” (Crompton, 1994: 189). Desde el feminismo y el marxismo se han propuesto distintas formas de conceptualizar el vínculo entre el capitalismo y la dominación masculina (Kollontai, 2014; Firestone, 1973; Hartmann, 1980). Asimismo, la noción de interseccionalidad ha puesto de relieve la simultaneidad e interdependencia de las distintas formas de opresión como clase, sexo y raza (Hooks, 2004).

En lo que sigue se desarrollarán algunos de estos aspectos con el propósito de recuperar conceptualizaciones de las teorías feministas que permitan fundamentar por qué también las trayectorias de clase están atravesadas por el género. Para ello, se desarrollan las controversias sobre clase-género en algunos feminismos académicos y se presenta un análisis preliminar sobre el género en las trayectorias de clase a partir de ejemplos empíricos. Los datos provienen de relatos de vida revelados para mi investigación doctoral, en la cual se realizaron entrevistas biográficas a 35 personas en total, entre mujeres y varones, residentes en el Área Metropolitana de Buenos Aires en 2015.

Desarrollo

Clase y género en los feminismos académicos

Una idea-fuerza básica del feminismo socialista elaborado desde el siglo XIX puede formularse en los siguientes términos: así como la clase no alcanza a explicar la opresión de las mujeres, tampoco las relaciones entre géneros tienen los mismos resultados independientemente de la clase. Mientras que el confinamiento a las actividades domésticas y la dependencia del varón proveedor han sido para las mujeres de la burguesía y de la pequeña burguesía las bases de la opresión, las mujeres obreras tenían que trabajar en las fábricas una extensa jornada bajo duras condiciones, sin que ello las eximiera de las responsabilidades domésticas y del cuidado de los hijos. Distintas autoras han pensado la relación entre clase y género con disímiles acentos en una u otra forma de desigualdad, más cerca del *polo marxista* o del *polo feminista*.

Friedrich Engels había propuesto una interpretación marxista de las desigualdades de sexo y clase con la que dialogarían buena parte de las interpretaciones posteriores. Engels situaba el origen de la opresión de las mujeres en la aparición de la propiedad privada y el desarrollo de la división del trabajo —que produjo separaciones entre trabajo intelectual y físico y entre trabajo productivo y reproductivo—. Algunos trabajos clasificados como productivos —como la manipulación de ciertas herramientas— fueron monopolizados por los varones, mientras que el trabajo reproductivo —tareas domésticas, de mantenimiento, crianza y cuidados— fue asignado casi exclusivamente a las mujeres, confinándolas a la esfera privada-doméstica. Este proceso ligado al surgimiento de la propiedad privada en el Neolítico fue caracterizado como la gran derrota histórica de las mujeres.

Clara Zetkin, militante comunista alemana e impulsora de la organización internacional de las mujeres, afirmó que los intereses de las mujeres no son homogéneos, sino que dependen de su pertenencia de clase. Las mujeres de la alta burguesía tienen como reivindicación principal el acceso a la propiedad privada, en conflicto con los varones de su clase. En la pequeña burguesía el conflicto con los varones se sitúa

primordialmente en la competencia por los puestos de trabajo, a los cuales los hombres procuran impedirles el acceso. En la clase obrera, Zetkin tendía a negar la desigualdad entre varones y mujeres incorporados a la producción, por considerar que los igualan las condiciones de precariedad y explotación (De Miguel, 2005).

En la mirada marxista de Alejandra Kollontai se expresó una tensión entre el postulado de que no existe ningún *problema de la mujer* especial y el postulado de que el interés común de mujeres y varones de clase obrera no suprime la diferente situación entre ellos —que la autora atribuye a las diferencias biológicas y a la misión social de dar a luz a los hijos—. La opresión de la mujer se origina en que el trabajo doméstico y de crianza sólo sirve para la familia mientras que no es productivo para el conjunto de la comunidad. Su liberación es posible con otro sistema de producción donde su fuerza de trabajo sea reconocida como útil para la comunidad. La lucha por la igualdad de derechos no es suficiente, sino que se requiere luchar por la asistencia estatal a la mujer como madre. En esta lucha, “el movimiento femenino proletario está subordinado a la lucha unitaria del movimiento de los trabajadores” (2014: 58).

Esta postura, que no es exclusiva de Kollontai sino extendida en las distintas versiones del feminismo socialista, será criticada por las feministas radicales. Shulamith Firestone, por ejemplo, sostenía que en la dialéctica histórica existe un sustrato sexual, una base material de las desigualdades de poder que remite a la diferencia sexual. La familia biológica como organización social básica está en la raíz de la explotación y, por lo tanto, la emancipación requiere “una revolución sexual mucho más amplia que la socialista —y, por supuesto, que la incluya— para erradicar verdaderamente todos los sistemas clasistas” (Firestone, 1973: 22). La revolución sexual apunta a que las diferencias sexuales entre seres humanos pasen a ser culturalmente neutras. A la inversa de los socialistas que subordinaban y postergaban la lucha feminista, para Firestone sólo al eliminarse la distinción de sexo sería posible la destrucción de la familia biológica y la psicología de la dominación que sostiene las desigualdades de clase. En otra inversión de prioridades respecto al marxismo, Kate Millett (2010) sostenía que las desigualdades de clase social enemistan a

las mujeres entre sí, pero no son para ellas algo tan relevante como para los hombres porque están *en cierto modo al margen* del sistema de clases.

Por su parte, Simone de Beauvoir (1999) [1949] criticó la ceguera de género del marxismo y, en particular, algunos aspectos de la hipótesis de Engels sobre la derrota histórica del sexo femenino con la aparición de la propiedad privada. Beauvoir señala que no está claro que el sometimiento de las mujeres haya sido consecuencia necesaria de la propiedad privada y que no se explicita el mecanismo de este proceso, más bien se da por sentado el interés de los hombres en la propiedad y la voluntad de dominación. Se reduce la opresión sexual a un conflicto de clase, sin profundizar en la singularidad de esta opresión y, como consecuencia, se asume que una organización socialista aboliría la familia y con ello liberaría a la mujer. En suma, las categorías económicas del marxismo serían estrechas y toscas para analizar la diferencia sexual.

Retomando estos debates, Heidi Hartmann (1980) argumentó que los intentos de integrar feminismo y marxismo han resultado insatisfactorios porque han subsumido la lucha contra el patriarcado en la lucha contra el capital y la opresión de la mujer es concebida como *otro* aspecto de la opresión de clase. Esta autora sostuvo que el capitalismo se acomoda al patriarcado y contribuye a perpetuarlo, a la vez que las relaciones patriarcales apuntalan el capitalismo. No se ha verificado que la proletarianización haya igualado a varones y mujeres desvaneciendo el patriarcado.

Hartmann (1980) recuperó el análisis materialista que Firestone hizo de la dialéctica del sexo, en el cual el trabajo de reproducción de la especie llevado a cabo por las mujeres es considerado la base material del patriarcado. La crianza de los hijos en la familia y las instituciones del capitalismo permiten a los hombres controlar el trabajo de las mujeres. La producción de los seres humanos mismos está atravesada por la división sexual del trabajo, base material del patriarcado. El capitalismo y el patriarcado coexisten, conforman un sistema, pero puede haber cambios en una de estas dimensiones de la organización de la producción y ello no necesariamente transforma por completo a la otra. Las jerarquías de

género junto a las raciales son las que determinan quiénes ocuparán las posiciones desiguales en las relaciones sociales capitalistas.

La colaboración entre el patriarcado y el capital, desarrolla Hartmann (1980), no está exenta de tensiones y de adaptaciones. Una de ellas es la necesidad del capital de incorporar fuerza de trabajo femenina y el consecuente socavamiento del poder patriarcal al interior del hogar. Las relaciones patriarcales han dividido a la clase obrera, reservando para los hombres salarios más elevados —idealmente un salario familiar suficiente para mantener a toda la familia— y segregando los puestos de trabajo por sexo. De este modo, las mujeres acceden a los puestos de trabajo peor pagados, asegurando su dependencia económica y alentado a que escojan la *carrera de esposa*. El trabajo doméstico y de cuidado refuerza la inferioridad de las mujeres en el mercado laboral, donde se mantiene la división sexual del trabajo. La adaptación del capital al patriarcado con el salario familiar durante el siglo XX no ha dejado de servir al capital en tanto la mujer ama de casa se ocupa de (re)producir la fuerza de trabajo de los miembros de la familia, además de su rol en el consumo.

Si a partir de los debates entre feminismo y socialismo puede concluirse que las desigualdades de género no pueden reducirse a la explotación de clase, otros debates al interior del feminismo han puesto de manifiesto que algunos problemas de *la mujer*, tal como se planteaban desde algunas corrientes feministas, eran problemas de mujeres blancas de clase media. Desde el feminismo negro se ha planteado que algunos problemas, como los relativos al vacío existencial experimentado por las amas de casa, sin dejar de ser problemas auténticos, no eran precisamente los problemas de las mujeres más oprimidas y explotadas, sino de la categoría de la que formaban parte quienes dominaban el discurso feminista norteamericano y lo adecuaban a sus intereses de clase.

bell hooks afirmó que, con el énfasis en la opresión común de las mujeres, muchas feministas han desconocido el racismo y su función en la sociedad capitalista, mediante la “mistificación consciente de las divisiones sociales entre mujeres, que ha caracterizado buena parte del discurso feminista” (2004: 37). La diversidad de experiencias creada por factores interdependientes como clase, raza, religión o preferencias se-

xuales hace que el sexismo tenga distinto alcance como fuerza opresiva. Algo similar ocurriría con los movimientos de liberación de hombres negros, cuyo sexismo “ha socavado las luchas para erradicar el racismo del mismo modo que el racismo de las mujeres blancas ha socavado las luchas feministas” (2004: 49).

Las discusiones en torno a clase y género parecen demostrar que intentar establecer un eje como *el más determinante* o la base sobre la que se asienta el otro conduce a un callejón sin salida. La superación consiste en ampliar la sensibilidad teórica en torno a las diferencias. Al sostener que no existe la Mujer ni un único modelo de mujer, la tercera ola del feminismo intenta romper con el binarismo y construir una mirada teórica de la intersección de raza, clase, género y sexualidad (Vázquez, Rísquez y Perazzolo, 2012). Las nuevas discusiones teóricas y políticas se entrelazan con propuestas de una epistemología feminista y decolonial, que recupere el carácter situado o encarnado de los conocimientos (Haraway, 1991) precisamente desde posiciones o lugares específicos en las articulaciones de clase, género, raza, sexualidad y otros ejes de dominación.

Contexto de la investigación y decisiones teórico-metodológicas

El racconto anterior acerca de la articulación clase-género en distintas teorías feministas se efectuó con el fin de recuperar los elementos de esta tradición intelectual que pueden contribuir a un campo problemático, la sociología de la movilidad social, que se ha mantenido bastante al margen de las perspectivas de género que han permeado distintas áreas temáticas de las ciencias sociales en las últimas décadas.

La categoría género, muy presente en las ciencias sociales contemporáneas a nivel global, no ha tenido la misma centralidad en los estudios sobre estructura social o movilidad (Álvarez *et. al.*, 2016). En otras áreas afines, como los estudios sobre el mercado de trabajo, se han investigado temas como la segregación ocupacional, los perfiles de inserción laboral de las mujeres —su mayor presencia en el sector servicios, en empleos más precarios, con menor tradición de sindicalización, etcétera— así como la feminización de la pobreza y otros efectos de las transformacio-

nes económicas regresivas soportados en mayor medida por las mujeres (Cerrutti, 2000; Valenzuela, 2003).

En la temática de estructura y movilidad la omisión de las mujeres se debía tanto a la hegemonía del hogar con un único proveedor económico varón, prevaleciente durante buena parte del siglo XX, como a sesgos de los investigadores. Con la incorporación masiva de las mujeres al mercado de trabajo, el ascenso del modelo de hogar de dos proveedores y la puesta en discusión de estos temas a partir de la crítica feminista, aparecieron algunas investigaciones que revisaban la movilidad social femenina (en América Latina, por ejemplo, Cortés y Escobar, 2005; Jorrat, 2007), pero predominó la convención empírica de medir la clase del hogar a partir de los varones.

Los enfoques convencionales sobre estratificación social han sido criticados por limitarse a estudiar la ocupación de los jefes de familia, en general varones, y por excluir del análisis a las mujeres de hogares de dos proveedores (Gómez Rojas, 2011). Se ha cuestionado que en muchos estudios de movilidad social se asuma que la movilidad ocupacional masculina constituye la de la totalidad de la sociedad, y se reduzca el análisis de la movilidad femenina a la movilidad matrimonial (Salido, 2001). Se ha señalado también que medir solamente las características de los padres varones distorsiona los resultados de investigación, puesto que la participación económica y la clase social de las madres tiene importancia al analizar las pautas de movilidad social de hijos e hijas (Beller, 2009; Gómez y Riveiro, 2014). Entre los antecedentes argentinos de la última década en la temática de clases y movilidad social que incorporan una perspectiva de género pueden mencionarse los trabajos de Gómez Rojas (2016), Krause (2014), Riveiro (2016) y Jiménez Zunino (2018).

En nuestra investigación, el punto de partida ha sido la aproximación de Daniel Bertaux e Isabel Bertaux-Wiame (1997) a los fenómenos de movilidad social, mediante relatos de vida y árboles genealógicos como principales recursos metodológicos (Seid, 2020). Siguiendo a estos autores, analizar la movilidad social requiere poner el foco en las familias (y no sólo el mercado de trabajo, la esfera pública, etcétera) para observar los procesos que ocurren allí: los esfuerzos estratégicos y los roles jugados por

mujeres y varones, así como por las distintas generaciones en la transmisión voluntaria e involuntaria de habilidades, recursos y expectativas. En las familias tiene lugar el proceso de socialización primaria o, en términos de Bertaux, la producción antroponómica, es decir, la producción de seres humanos. Las actividades de crianza y cuidado se tornan centrales desde esta mirada teórica para comprender cómo se producen y reproducen las clases sociales.

En este sentido, las unidades de análisis de la investigación se consideraron como *individuos-en-familias*. Se realizaron entrevistas individuales, pero en cada caso se construyó un árbol genealógico y se otorgó relevancia a los distintos miembros de su familia en la construcción dialógica de los relatos de vida. A partir de la base de datos del Área Metropolitana de Buenos Aires de una encuesta realizada en el marco del proyecto UBACyT 2014-2017 *Construyendo tipologías de uso del tiempo libre, clases sociales y género*, dirigido por Gabriela Gómez Rojas, se seleccionaron varones y mujeres de distintos orígenes de clase para ser entrevistados. Para la selección, se tomaron en cuenta especialmente las variables relativas a los espacios laborales y niveles educativos, que permitieron contar una primera aproximación a la clase social de la familia, así como las áreas de residencia, teniendo en cuenta que la segmentación geográfica tiende a coincidir con la segmentación socioeconómica.

Se entrevistaron 35 personas en total. En una primera etapa se realizaron 28 entrevistas segmentadas en cuatro grupos de 7 casos: varones cuyo origen de clase —de ambos padres— era obrero, mujeres de origen obrero, varones de origen no obrero y mujeres de origen no obrero. Posteriormente, siguiendo el criterio de muestreo teórico, se realizaron entrevistas adicionales buscando casos con características ausentes en los primeros casos analizados, como padres con cargos ejecutivos y mujeres de capital económico relativamente alto con bajo capital educativo.

Resultados

Algunos ejemplos del papel del género en las trayectorias de clase analizadas

En este apartado se analizan algunos aspectos sobre clase y género encontrados mediante el análisis cualitativo de relatos de vida de mujeres y varones de entre 40 y 50 años, residentes en la ciudad de Buenos Aires en 2015. En el análisis de relatos de vida para reconstruir trayectorias de clase pueden encontrarse variadas articulaciones entre clase y género. La incorporación de una mirada de género permite comprender mecanismos de actuación de la desigualdad que los enfoques convencionales de movilidad social han tendido a considerar como factores separables de la clase.

Las familias son un ámbito primordial en la producción de las clases sociales, donde tienen lugar estrategias de reproducción social que orientan prácticas de crianza, de consumo, de organización de las tareas domésticas y de cuidado, negociaciones económicas y de poder al interior del hogar (Seid, 2015). Las clases sociales se producen y reproducen a través de las relaciones de género que tienen lugar en las familias. Por ejemplo, el ascenso social individual a través de una carrera laboral, estudiado por la sociología de la movilidad, presupone que alguien se ocupa de las tareas domésticas y de cuidado, que existen arreglos familiares sobre el reparto de ese trabajo y el trabajo remunerado en el mercado. La crianza de los niños, tan condicionante de las oportunidades futuras en las instituciones educativas y el mercado laboral y por ende para la transmisión de las posiciones de clase, también supone un trabajo al interior de las familias y la transmisión de expectativas diferenciadas según género.

El análisis de los mecanismos de las desigualdades de clase conduce a cuestiones de género y viceversa. El significado y los roles en torno a la diferencia sexual no son invariables en distintas clases. Por ejemplo, en el análisis de relatos de vida de mujeres de clase obrera, se encontró que los roles tradicionales de varón proveedor y mujer ama de casa eran valorados positivamente por algunas mujeres que experimentaban las tareas domésticas y de cuidado como una liberación de la explotación laboral, como un retiro anticipado y como el arreglo familiar más adecuado a los intereses familiares al posibilitar el trabajo remunerado de otros.

[Dejé de trabajar] porque no me hacía falta. Ya con lo que él [por su marido] trabajaba, prefería que vayan las chicas [hijas] a trabajar y yo le cuidaba los chicos a ellas, porque ellas tenían que trabajar (Laura, 45 años, ama de casa, clase obrera precaria, villa 21).

Estas mujeres habían participado del mercado laboral, pero no han tenido lo que puede llamarse una carrera laboral. Sus períodos de empleo tuvieron lugar según etapas de la vida: trabajaron remuneradamente hasta tener a sus hijos, luego fueron amas de casa hasta que los hijos crecieron, entonces volvieron al mercado laboral con trabajos ocasionales, para finalmente dejar de trabajar en el momento del nacimiento de los primeros nietos. La ausencia de oportunidades para el ascenso en el mercado laboral y la carga casi exclusiva de las responsabilidades domésticas y cuidado se conjugaron para reproducir la posición de clase obrera precaria, a pesar del trabajo productivo y reproductivo incesante durante décadas.

En otras mujeres de origen obrero, las aspiraciones de autorrealización han orientado estrategias de evitar responsabilidades familiares. Celeste ha desarrollado su vocación de actriz de teatro, pero tiene otro trabajo asalariado que le *paga las cuentas*. Aunque tiene un nivel bajo de ingresos, su trayectoria muestra una pendiente ascendente, mediante una significativa adquisición de capital cultural y una estabilización económica respecto a su familia de origen. Celeste no desea tener hijos y cuando estuvo en pareja se ocupó especialmente de que ello no sucediera. Aunque no es el motivo principal, las razones económicas entran en consideración. El teatro y la danza son lo que le apasiona y su trabajo remunerado le proporciona el sustento. Si tuviese hijos, ese equilibrio se vería modificado con respecto al uso de su tiempo y dinero.

Quizás un poco de egoísmo... porque dejas de ser uno entiendo yo, dejas de hacer tu vida, tenés que entregarte al hacerte cargo de una persona, tu hijo y yo por eso digo no sé si estoy preparada en lo personal para hacerme cargo de otra persona, apenas si todavía estoy descubriendo cosas yo en la vida (...) todavía no sé si me puedo hacer cargo de mí (Celeste, 42 años, empleada de comercio, Boedo).

El momento de tener a los hijos y las consecuencias de ello en la carrera laboral son temas que aparecen recurrentemente en los relatos de las entrevistadas mujeres, a diferencia de los relatos de varones donde la

vida laboral, las decisiones y las circunstancias no suelen ser sincronizadas en el relato con la historia familiar. En algunos relatos de ellas se ponen de manifiesto mecanismos de la desigualdad de género en el logro ocupacional y en las oportunidades de ascenso social. Típicamente, las responsabilidades familiares, incluso cuando no hicieron interrumpir las carreras laborales y cuando se verifican trayectorias de ascenso social, parecen haber jugado un papel limitante en sus carreras, truncándolas de distintos modos. Por ejemplo, Marisol, quien ha criado a su hijo como madre soltera, reflexiona que la prioridad puesta en el niño y el tiempo que le consumía el trabajo remunerado y el de cuidado, le impidieron continuar sus estudios. Carecer de un título universitario le impide ascender en la empresa donde trabaja y funciona como un límite a su ascenso social.

Estudié licenciatura en administración de empresas, pero no me recibí, lo dejé cuando nació Tony, que me arrepiento, pero bueno. (...) Acá hice carrera hasta un punto porque la verdad que también la compañía te pide tener un título universitario (...). He intentado pero muchas veces con Tony es no me quiero excusar, ni echarle la culpa ni mucho menos, pero creo que hoy la prioridad es él. (...) Creo que mi tiempo ya pasó, al menos yo lo veo así. (Marisol, 42 años, empleada administrativa, Mataderos).

Aunque no siempre las oportunidades de ascenso social se ven limitadas por las responsabilidades familiares, la compatibilización de una vida laboral muy intensa y el cuidado de los hijos, incluso cuando tienen parejas que *colaboran*, se hace a costa del tiempo libre.

Si tengo tiempo libre siempre alguien me lo arrebató. Soy como una persona así medio solicitada entonces me cuesta mucho lograr el tiempo libre. Tuve que trabajar mucho el último año y los últimos años en poder poner ciertas barreras para que la gente no me pidiera tanto (Evelyn, 40 años, profesional de educación artística, Villa Crespo).

Evelyn estudió grabado y escultura, trabajó en el área educativa de distintos museos, en cargos cada vez más importantes. Solamente durante breves períodos dejó de trabajar. Cuando tuvieron a su segundo hijo, con su esposo decidieron que ella se dedicaría al cuidado de los niños y actividades domésticas, puesto que ya no podían seguir pidiendo a las

madres de ellos que se ocuparan. Sin embargo, el arreglo familiar “más conveniente” desde el punto de vista de los intereses de la familia como unidad, resultó intolerable para su bienestar.

Dejé el trabajo porque quería estar con los niños, estuve un año entero dentro de mi casa y casi me muero [risas] esa cosa de no, yo quiero ser profesional, yo sé que la casa te aplasta, se te cae encima. Estamos con ese tema de que necesito salir a laburar, funciona mejor todo si yo laburo (Evelyn, 40 años, profesional de educación artística, Villa Crespo).

Al tener una profesión y una carrera laboral con posibilidades de crecimiento, la permanencia en el hogar la experimentaba como algo en especial opresivo, exactamente al contrario que Laura, la mujer de Villa 21. Los roles familiares de varones y mujeres difieren entre clases sociales y, a su vez, los roles y expectativas de género contribuyen a delinear prácticas y estrategias de las que resultan las trayectorias de clase. Si bien los arreglos familiares nunca pueden reducirse a explicaciones económicas, no deja de ser gravitante en estas decisiones las remuneraciones que puedan obtenerse en el mercado laboral. En el caso de Evelyn, las remuneraciones de su trabajo y el de su esposo les permiten contar con una empleada doméstica algunos días, que complementan con la ayuda de la suegra y un colegio de doble jornada.

En las mujeres profesionales, incluso aquellas que no han interrumpido sus carreras laborales en ningún momento y siempre han contado con servicios de apoyo doméstico y de cuidado, se mantienen algunas desigualdades respecto a los varones respecto a la carga de actividades domésticas. En sus relatos se pueden advertir concepciones más igualitarias y menos tradicionales respecto a los roles en el hogar, a la vez que una conciencia más vívida de las desigualdades persistentes en este plano, incluso cuando las asimetrías en sus hogares disten de las que se encuentran en algunas familias obreras.

La responsabilidad era mía. Faltaba la señora y era mi problema, porque el otro se ponía la corbata... [Hace el gesto de ponerse una corbata mirándose al espejo, con el mentón hacia arriba, como desentendiéndose de lo que ocurre alrededor] tru, tru, y se iba como suele pasar (Mabel, 49 años, abogada, Belgrano).

Cuando ambos miembros de la pareja trabajan fuera del hogar, las tareas domésticas y de cuidado se reparten de distintos modos. En casi todos los casos las entrevistadas manifiestan que los varones también colaboran, pero resulta más difícil evaluar el grado en que ello ocurre. Las particularidades de cada familia respecto a quiénes trabajan, cuántas horas, si cuentan con otros que ayuden en las tareas domésticas y de cuidado, así como las relaciones de poder familiar, producen distintos arreglos entre los miembros de la familia. Esos arreglos sobre el trabajo *reproductivo* son una de las bases sobre las cuales se asientan las oportunidades de progreso laboral y de tiempo para formación, para iniciar nuevos proyectos y para el ocio. Lo que puede parecer más adecuado si se toma a los intereses económicos de la familia como un todo, por ejemplo, que la persona que trabaja menos horas o en cargos de menor responsabilidad se ocupe de las labores domésticas, tiende a afectar en mayor medida los intereses de las mujeres, reduciendo oportunidades de desarrollo profesional o consumiendo su tiempo libre a costa de su bienestar. La naturalización de la asignación de las actividades domésticas a las mujeres sigue operando en muchas familias de distintas clases sociales, asumiendo en ocasiones formas más sofisticadas, como por ejemplo un reparto de tareas formalmente igualitario, pero donde en la práctica la responsabilidad última y, por ende, quienes más ocupan su pensamiento, tiempo y energía en ello siguen siendo las mujeres.

El enfoque interseccional, surgido como cuestionamiento al modelo hegemónico de mujer universal en algunas vertientes feministas, resulta especialmente apropiado para observar mecanismos de producción y reproducción de desigualdades en posiciones en las que pueden interactuar privilegios y con opresiones.

Entre las trayectorias analizadas de varones de clase obrera, se destacó el relato de Pedro, quien fue un niño huérfano, a partir del femicidio de su madre perpetrado por su padre cuando Pedro tenía pocos meses de vida. Su infancia y adolescencia transcurrió en contextos hostiles: vivió junto a su hermano con tíos que no le brindaban afecto, en orfanatos y en la calle. Su destino mejoró cuando a los doce años comenzó a trabajar como aprendiz en una carnicería. Tras años de aprender el oficio, llegó a

abrir su propio local, pero no funcionó bien y no duró más que dos años. Contrajo matrimonio con una empleada doméstica, hija de un pequeño comerciante y propietaria de una vivienda precaria en la que han residido con la madre de ella y con los hijos de ambos. Sus empleos han sido inestables y sus ingresos son menores de los que necesita para sustentar a su familia. Pedro experimenta sensaciones de frustración por no poder brindarle a su familia una vivienda mejor. Se siente interpelado por el rol de varón proveedor y le pesa no poder estar a la altura de sus expectativas:

A mí no me da para ir y tomar una casa ¿me entendés? Pero no tenés salida por ningún lado. No tenés salida por ningún lado porque por más que tengas un recibo de ocho lucas, nueve lucas hace veinte años, no, no conseguís que nadie, que nadie te de... no que te regale ni que te dé, sino que te dé la posibilidad de decir "Uh, mirá, puedo comprar mi techo", ¿entendés? Yo siempre digo que, por ejemplo, estos préstamos de vivienda es para gente que tiene guita (Pedro, 50 años, actualmente remisero, Villa Crespo).

Desde el punto de vista interseccional, las experiencias de Pedro se explican por la posición de clase atravesada por otras condiciones, como ser varón heterosexual y huérfano. Las actividades que desarrolló y sus actitudes exhiben rasgos típicamente masculinos. Sus acontecimientos biográficos más afortunados resultarían improbables si se hiciera abstracción de su condición de varón. Dicha condición de varón probablemente lo dejó más expuesto a la violencia en la infancia y, en cambio, le reportó algunos beneficios materiales y simbólicos de adulto. La desposesión económica y cultural propia de la posición marginal en la estructura de clases ressignifica sustancialmente lo que los privilegios masculinos pueden implicar, adoptando la forma de compensaciones patriarcales en el marco de la opresión clasista.

Por su parte, en las trayectorias desde familias de pequeños comerciantes se observó que típicamente los hijos varones eran los elegidos para ocuparse del emprendimiento familiar, mientras que las hijas mujeres en general adquirirían mayor educación y ocupaciones distintas de la actividad económica familiar. Entre los casos analizados, se observó el contraste entre las trayectorias de aquellos varones que debieron hacerse cargo de microemprendimientos que no resultaron rentables y aquellos que lo-

graron ampliar el patrimonio familiar con base en la actividad lucrativa heredada. Partiendo de orígenes similares, los varones parecen llegar a tener destinos de clase bastante distintos entre sí, mientras que entre las mujeres hijas de pequeños comerciantes no se observaron divergencias tan pronunciadas. El rol masculino como continuador del negocio familiar, ligado a la concepción del varón proveedor, pareciera beneficiarlos en las oportunidades de acumulación económica, pero si el negocio fracasa, el heredero varón termina más desprotegido que sus hermanas (Seid, 2021). Esto ocurre también porque hay familias que al imponer a algunos hijos varones el mandato de permanecer en la actividad económica familiar, les quitan oportunidades de dedicar tiempo a su educación:

[Consultado acerca de su primer trabajo] Mi papá a los nueve años me puso una bolsa de zanahorias que pesa once kilos y me dijo: «Dale, entrala» (Domingo, 43 años, florista, Villa Ortúzar).

En las trayectorias desde posiciones de clase de profesionales universitarios, se advirtió una mayor presencia y explicitación de cuestiones de género en los relatos, lo que revela cierto grado de problematización y desnaturalización. Las desigualdades de género persisten, pero de maneras más eufemizadas y sofisticadas que en otras posiciones de clase. Por ejemplo, los varones tienden a expresar concepciones igualitarias sobre el reparto de tareas domésticas, las responsabilidades de crianza y cuidado, así como respecto al sostenimiento económico del hogar; pero en la práctica persisten divisiones tradicionales entre varones y mujeres. Esto a menudo es explicado por los varones como producto de una adaptación a las exigencias laborales y por razones pragmáticas de la organización familiar.

(...) Tenemos una ayuda en casa, que hay una señora que viene, que trabaja en casa, que nos hace todo el tema de limpieza general y organización espacial de la casa. Y después en el tema de lo que es cocinar y llevar adelante el resto, creo que nos llevamos. Medio depende de los horarios que van apareciendo, entre los dos hacemos alguna cosa. Los chicos están más o menos grandes, ya no tenemos esa presión de llegar a determinados horarios, quién se encarga de los chicos, que en el pasado sí fue una carga mucho más pesada para mi mujer y para mí, digamos, yo me iba de viaje. Yo viajé mucho todo el tiempo y teníamos bebés chicos y organizarse desde ese lugar seguro

era una tarea netamente de mi mujer, pero más que nada porque no estaba, pero bueno, fue desde ese lugar más difícil (Lucas, 46 años, ingeniero agrónomo, Belgrano).

Teniendo en cuenta que actualmente las licencias por paternidad siguen siendo en Argentina extremadamente breves, puede ocurrir efectivamente que algunas desigualdades de género se perpetúen más a través de adaptaciones *pragmáticas* a las exigencias de las situaciones laborales que por la subsistencia de una ideología patriarcal en los varones, aunque no es sencillo deslindar ambos aspectos en las estrategias familiares.

Conclusiones

Las discusiones sobre clase y género, capitalismo y patriarcado, en el feminismo socialista y en otros feminismos, constituyen una valiosa fuente de conceptos e hipótesis para pensar la estructuración de las desigualdades y las formas de explotación. Una de las temáticas en las cuales es posible analizar conjuntamente clase y género son las trayectorias de clase de individuos y familias. Los enfoques convencionales sobre estratificación social han tenido varios sesgos de género, como concentrarse en los principales proveedores económicos de las familias, omitir diferencias en las pautas de movilidad social de varones y mujeres, y no otorgar suficiente centralidad a la organización doméstica en las oportunidades de desarrollo de carreras laborales y en la transmisión de expectativas en la crianza de los hijos. A los problemas y sesgos metodológicos de los abordajes convencionales en movilidad social respecto al tema se añade otro de orden conceptual. Incluso cuando analizan la movilidad social según género, la perspectiva cognitiva que adoptan los estudios estándar les lleva a menudo a concluir que lo esencial de las diferencias entre géneros se resume en la segregación ocupacional. Si detectan alguna desigualdad, ésta por lo común favorece a las mujeres, cuyas pautas de movilidad tienden a exhibir una fluidez levemente mayor, porque analizan sólo las mujeres que participan en el mercado laboral y no otras como las amas de casa.

La comprensión de los mecanismos que hacen posible la variedad de trayectorias de clase —que no se agotan en la movilidad ascendente, descendente o la inmovilidad de clase— exige no reducir las indagaciones

a la esfera económica en el sentido estrecho de producción para el mercado. La reproducción, o la producción de la vida en un sentido amplio que la incluye, es central para estudiar trayectorias de clase. También las desigualdades de género en el mercado laboral (brechas salariales, discriminaciones, techo de cristal y piso pegajoso) y la segmentación son una parte importante de los condicionamientos que requieren una mirada conjunta de las desigualdades de clase y género.

La categoría género permite un análisis integral de la relación entre las esferas de la producción y la reproducción, vinculando aspectos como la reproducción de la fuerza de trabajo en la familia, la segregación ocupacional y el trabajo doméstico. La adquisición de calificaciones laborales y las posibilidades de desarrollar carreras laborales —que hacen a las trayectorias de clase— aparecen vinculadas al tipo de empleos, la dedicación y la continuidad temporal, aspectos que difieren entre varones y mujeres. La mirada de género resulta especialmente necesaria para abordar los procesos de clase que ocurren al interior de la familia, como los roles que juegan los distintos miembros, el reparto del trabajo doméstico, el manejo del dinero, la crianza de los hijos o el uso del tiempo libre.

En este escrito se presentaron algunos ejemplos extraídos de una indagación empírica sobre trayectorias de clase. El mandato del rol de proveedores económicos interpela a varones de distintas posiciones de clase y permite interpretar prácticas y formas de organización familiar, así como privilegios y opresiones que pueden ser soportados simultáneamente por una misma persona. El grado de desnaturalización del trabajo doméstico y de cuidado como actividad femenina también difiere según clases sociales y constituye una clave para la comprensión acerca de las legitimaciones que los actores elaboran acerca de la manera en que se dividen las responsabilidades entre miembros de las familias. Las expectativas familiares respecto de qué miembro de la familia debe continuar un negocio o estudiar en la universidad están diferenciadas según el género de los hijos y producen efectos de enclasmiento y desclasamiento intergeneracional.

A través del género las clases se ven heterogéneas internamente. Las trayectorias de clase están generizadas porque los condicionamien-

tos de clase adoptan modalidades específicas según género. También los géneros están atravesados por las clases y significan cosas distintas según la posición de clase. Las distintas categorías de desigualdad —clase, género, etnia, sexualidad, edad, nacionalidad, discapacidad, etcétera— se intersecan, interactúan, se refuerzan y se moderan recíprocamente.

Referencias bibliográficas

- Álvarez, S. et. al. (2016). Estudios sobre la estructura social en la Argentina contemporánea. Buenos Aires: PISAC-CLACSO-CODESOC.
- Beller, E. (2009) Bringing intergenerational social mobility research into the twenty-first century: why mothers matter. En: *American Sociological Review*, 74, pp.507-528.
- Bertaux, D. y Bertaux-Wiame, I. (1997). Heritage and its lineage: a case history of transmission and social mobility over five generations. En: D. Bertaux y I. Bertaux-Wiame, *Pathways to social class: A qualitative approach to social mobility* (pp. 62-97). New York: Routledge.
- Cerrutti, M. (2000). Economic reform, structural adjustment and female labor force participation in Buenos Aires, Argentina. En: *World Development*, 5 (28), pp.879-891.
- Cortés, F. y Escobar, A. (2005). Movilidad social intergeneracional en el México urbano. En: *Revista de la CEPAL*, 85, pp. 149-167.
- Crompton, R. (1994). *Estratificación. Una introducción a los debates actuales*. Madrid, España: Editorial Tecnos.
- De Beauvoir, S. (1999) [1949]. *El segundo sexo. Volumen I. Los hechos y los mitos*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.
- De Miguel, A. (2005). La articulación del feminismo y el socialismo: El conflicto clase-género. En C. Amorós y A. de Miguel (Eds.), *Teoría Feminista: de la Ilustración a la globalización* (pp. 295-332). Madrid, España: Minerva.
- Firestone, S. (1973). *La dialéctica del sexo*. Madrid, España: Kairos.
- Goldthorpe, J. (1983). Women and class analysis: In defence of the conventional view. En: *Sociology*, 17, pp. 465-488.
- Gómez, G. (2011). Las mujeres y el análisis de clase en la Argentina: una aproximación a su abordaje. En: *Laboratorio, Revista de Estudios sobre Cambio Estructural y Desigualdad Social*, 24, pp. 119-133.
- Gómez, G. (2016). Exploraciones sobre la movilidad matrimonial de mujeres y varones en la Argentina. En: *Revista Científica de la UCES. Número Especial Estudios de Género*, 1 (20), pp. 98-128.

- Gómez, G. y Riveiro, M. (2014). Hacia una mirada de género en los estudios de movilidad social: interrogantes teórico-metodológicos. En: *Boletín Científico Sapientis Research*, 1 (4), pp. 26-31.
- Haraway, D. (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reivindicación de la naturaleza*. Madrid, España: Cátedra.
- Hartmann, H. (1980). Un matrimonio mal avenido: hacia una unión más progresista entre feminismo y marxismo. En: *Revista Zona Abierta*, 20, pp. 85-113.
- hooks bell. (2004). Mujeres negras. Dar forma a la teoría feminista. En: b. hooks, A. Brah, C. Sandoval, G. Anzaldúa (Eds.), *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras* (pp.33-50). Madrid, España: Traficantes de sueños.
- Jimenez, C. (2018). Educación y género en el espacio social cordobés. Una aproximación a la estructura de la desigualdad social. *Momento-Diálogos em Educação*, 27(3), pp. 85-112.
- Jorrat, J. (2007). Movilidad intergeneracional de clase en Argentina, 2002-2005. Ponencia presentada en el XXVI Congreso ALAS. Guadalajara, México.
- Kollontai, A. (2014). *Catorce Conferencias en la Universidad Sverdlov de Leningrado (1921)*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Cienflores.
- Krause, M. (2014). Desigualdades de clase y género en los horizontes de expectativas para los hijos e hijas de familias de clase media del área metropolitana de Buenos Aires. En: *De Prácticas y discursos*, 3(3), pp. 1-22.
- Millett, K. (2010). *Política Sexual*. Madrid, España: Cátedra.
- Riveiro, M. (2016). Apuntes críticos sobre las relaciones de género en los estudios de movilidad social intergeneracional. En: *Revista Lavboratorio*, 27, pp. 113-129.
- Rubin, G. (1986). El tráfico de mujeres. Notas sobre la “economía política” del sexo. En: *Nueva Antropología*, 30 (8), pp. 95-145.
- Salido Cortés, O. (2001). *La movilidad ocupacional de las mujeres en España. Por una sociología de la movilidad femenina*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Seid, G. (2015). La familia como ficción realizada, cuerpo integrado y campo de lucha en Pierre Bourdieu. En: *Unidad Sociológica*, 5, pp. 75-83.
- Seid, G. (2020). Los relatos de vida como técnica para abordar la dimensión estructural del mundo social. En: *Perspectivas Metodológicas*, 21, pp. 1-16.
- Seid, G. (2021). Sombras de la bancarrota: trayectorias de desclasamiento en familias de pequeños comerciantes de Buenos Aires. En: *Sociologia On Line (APS)*, 25, pp. 35-61.
- Valenzuela, M. (comp.) (2003) *Mujeres, pobreza y mercado de trabajo*. Santiago de Chile: OIT.

Vázquez, V.; Rísquez, M.; Perazzolo, R. (2012). Voces desde los márgenes. Mujeres inmigrantes, violencia y ciudadanía en Mallorca-España. Palma de Mallorca, España: Universitat de les Illes Balears.

Gonzalo Seid

Argentino. Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Actualmente es becario posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina, docente de grado y posgrado en la Universidad de Buenos Aires. Líneas de investigación: desigualdades, clase, género, redes, metodología de la investigación social. Correo electrónico: gonzaloseid@gmail.com

Recepción: 31/08/20

Aprobación: 08/07/21



Autora: Lucila Gutiérrez Santana.